

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

Vicisitudes de la subjetivacion.

Tobar, Valeria.

Cita:

Tobar, Valeria (2012). *Vicisitudes de la subjetivacion*. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/248>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/tQ3>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

VICISITUDES DE LA SUBJETIVACION

Tobar, Valeria

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Resumen

El presente trabajo se encuentra en el marco de la Investigación de las afecciones narcisistas no psicóticas del Programa de Fomento a la Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (PROINPSI Res. CD Nro. NN902/11) Tiene por objetivo el análisis del tratamiento de una niña de 13 años con una presentación de difícil diagnóstico. Se abordarán cuestiones relativas al acting-out, a las posibilidades del psicoanálisis en la pubertad y a las dificultades de diagnóstico. Se dará cuenta del trabajo de entramado que se fue realizando en el tratamiento, posibilitando la historización e intentando acotar la modalidad tendiente al acto. Se abrirán interrogantes en relativos a la particular estructuración subjetiva en la cual el débil alojamiento el Otro, produce una particular fragilidad alrededor del armado narcisista.

Palabras Clave

diagnostico, pubertad, afecciones, narcisistas.

Abstract

VICISSITUDES OF SUBJECTIVATION

This work is in the context of the Investigation of non-psychotic disorders narcissistic Development Program for Research, Faculty of Psychology at the University of Buenos Aires (CD Res PROINPSI No. NN902/11) Its objective is analysis of treatment of a 13 year old girl with a presentation of difficult diagnosis. Will address issues related to acting out, the possibilities of psychoanalysis at puberty and the difficulties of diagnosis. You'll notice the work of fabric that was made in the treatment, allowing the historicization and trying to limit the type tending to act. This opens a question as relating to the particular structure in which the subjective weak housing the Other, produces a particular narcissistic fragility around armed.

Key Words

puberty, diagnosis, narcissistic, disorders.

Del mundo y la escena

El material con el que trabajaré se encuentra signado por su relación con el acto, es por eso que me gustaría situar previamente algunos pasajes de J. Lacan, en el seminario de La angustia que me resultaron útiles al momento de formalizar le trabajo realizado. Algo del acto acontece cuando la trama de cierta escena no puede sostener al sujeto en cuestión.

En el seminario mencionado Lacan establece una diferenciación entre el mundo y la escena. Dice textualmente:

“La dimensión de la escena en su división respecto del lugar mundano o no, cósmico o no, donde se encuentra el espectador, está ahí ciertamente para ilustrar ante nuestros ojos la distinción

radical entre el mundo y aquel lugar donde las cosas, aún las cosas del mundo, acuden a decirse. Todas las cosas del mundo entran en escena de acuerdo con las leyes del significante, leyes que no podemos de ningún modo considerar en principio homogéneas al mundo.”

Ubica en un primer tiempo el mundo, y en un segundo tiempo, la escena a la que hacemos que suba ese mundo. La escena sería así la dimensión de la historia.

La paciente, de 13 años, nos sitúa en la escena de la adolescencia, momento de cierto viraje en la historización, momento en que la historia deberá ser contada nuevamente, esta vez, en primera persona. Vuelvo a citar a Lacan: “La historia tiene siempre un carácter de puesta en escena. Una vez que la escena prevalece, lo que ocurre es que el mundo entero se sube a ella.”

“A partir de ahí, se puede plantear la cuestión de saber lo que el mundo (...) le debe a lo que le viene de vuelta de dicha escena.” “Aquello que la cultura nos vehicula como el mundo es un amontonamiento, un depósito de restos de mundos que se han ido sucediendo y que no por ser incompatibles, dejan de hacer buenas migas, demasiado, en el interior de cada uno.”

En esta relación entre la escena y el mundo, quedará ubicado el fantasma. Lacan utiliza la metáfora del cuadro que se sitúa en el marco de la ventana y que tiene la función de velar aquello que la ventana mostraría, el marco del fantasma es el marco de la angustia. Lo unheimlich, aparecerá allí a través de la ventana. Y será la aparición de lo heimlich en el marco lo que constituirá el fenómeno de la angustia. Es a veces difícil ubicar esta construcción en la adolescencia, momento de pasaje en el que la fragilidad en este punto es crucial, haciendo a veces difícil el diagnóstico.

En la oscilación entre la escena y el mundo ubicará el pasaje al acto, momento en el que el sujeto bascula y cae fuera de la escena. Sitúa la fórmula del fantasma ubicando el pasaje al acto del lado del sujeto “en tanto que éste aparece borrado al máximo por la barra. El momento del pasaje al acto es el de mayor embarazo del sujeto (...). Es entonces cuando, desde allí donde se encuentra —a saber desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto— se precipita y bascula fuera de la escena.”

Este movimiento del sujeto en dirección a evadirse de la escena es la característica fundamental del pasaje al acto. Es tal vez por esto que Lacan toma aquí la fuga como un ejemplo del mismo preguntándose: “¿A qué llamamos fuga en el sujeto, siempre puesto más o menos en posición infantil, que allí se lanza, sino a esa salida de escena, esa partida errática hacia el mundo puro donde el sujeto sale a buscar, a reencontrar, algo expulsado, rechazado, por doquier?” “La partida es, ciertamente, el paso de la escena al mundo.” El paso de la escena al mundo, en un momento

de pasaje, es aquello que se trata de situar en el presente trabajo, recorrido por la pregunta inevitable ¿de qué estructura se trata en esta niña? ¿Son las vacilaciones fantasmáticas de la pubertad las que hacen de este momento vital una etapa proclive a la actuación? ¿Es la pubertad un momento de impasse en relación al diagnóstico, momento de ofrecer escenas que armen una trama en relación a lo real que allí se precipita? ¿Se trata de una estructuración subjetiva que podríamos ubicar transitando cierto borde?

Lacan diferencia especialmente estos dos registros, la escena y el mundo, ubicando el mundo como aquel lugar donde lo real se precipita; y la escena del Otro, como el lugar “donde el hombre como sujeto tiene que constituirse, ocupar su lugar como portador de la palabra, pero no puede ser su portador sino en una estructura que, por más verídica que se presente, es estructura de ficción.”

Situaciones donde la ficción no puede armarse, donde lo acontecido es de un orden que impone el silencio, por su carácter traumático. La falta de tramado ficcional en relación a ciertas verdades de la historia familiar dejan al sujeto en la pubertad con importantes carencias a la hora de la construcción del fantasma, vacilaciones que muchas veces se expresan en la clínica al modo de la actuación.

De una niña que salta de una escena mal armada al mundo

Andrea se ha fugado ya dos veces frustrando el intento de sus padres de realizar una consulta, este acto signa de algún modo nuestro primer encuentro, que se produce en su casa por pedido de sus padres.

Me recibe su madre, diciéndome que habían pedido la consulta porque un mes antes, Andrea se había arrojado al vacío.

Lo que sus padres relatan en ese primer encuentro, luego de mostrarme el lugar de donde se había tirado, es que ocurrió el día en que empezaba la secundaria, a la vuelta de la escuela, su madre no había podido acompañarla porque su hija menor empezaba ese mismo día primer grado. Volvió furiosa, en especial con su madre. La increpa, diciéndole que era un desastre, todos grandes, que fuman, repetidores, con las uñas pintadas, que se tendría que haber fijado dónde la mandaba; luego de esto se va a sentar al pie de la escalera, a llorar. La madre le pide entonces a su padre que vaya y que la mande a llorar a su cuarto, el padre va, y le pega una cachetada, Andrea le dirige una “mirada diabólica” (en palabras del padre) sube hasta el descanso de la escalera, y se tira al vacío, cayendo en el patio del vecino, seis metros más abajo. De este acto sale indemne, ni un rasguño, ni una fractura. Sus padres pueden hablar de esto recién un mes mas tarde, en su momento la internan diciendo que se había caído, para que la evaluaran clínicamente, pero no realizan ninguna otra consulta. Luego piden un turno con una psiquiatra y allí sucede la fuga dos veces.

Algunos interrogantes orientan mi escucha en este momento. A Andrea parece descolocarla el mundo adolescente, mundo que se ve impedido de entrar en escena en esta niña que corre a reclamarle a su madre el no haberle dado datos suficientes sobre lo que allí acontecería, ese mundo la desconcierta y este desconcierto no puede ser escuchado por aquellos a quienes ella se dirige en su reclamo. Este clamor, silenciado por una cachetada de su padre, la precipita en el vacío. Cómo situar aquí aquello que la conmueve a tal punto de

desarmar para ella toda escena posible.

Me gustaría recorrer con ustedes aquella escena en la que esta niña, incapaz de sostenerse, se ve lanzada al mundo por cierta precipitación de lo real. Me pregunto ¿Cuál es esta escena? ¿Qué de lo real se precipita allí que hace imposible seguir sosteniendo el armado de la escena, que la vuelve insoportable? ¿Quiénes son los personajes que sostienen la trama de la que Andrea se ve lanzada?

Andrea tiene 12 años y es la tercera de cuatro hermanas. La mayor, trabaja y estudia y sus padres refieren que a los 13 –14 años padeció bulimia. La segunda se encuentra en tratamiento, a los 12 años le diagnosticaron artritis reumatoidea. La menor tiene 6 años y comparte la habitación con Andrea.

Andrea dice de esta escena, que no recuerda lo que pasó, que se acuerda de una discusión en la cocina con su madre y luego de la ambulancia. En el sanatorio donde la internan para hacer los controles dice que se corrió para dejar pasar a su hermana menor y se cayó. Lo que recuerda del colegio es que nadie le hablaba y que la miraban mal.

El padre, proviene de una familia de bajísimos recursos, estructura en la que él es el único varón, aparte de su padre. Dice que fue el mimado de su madre, que las hermanas mujeres estaban desvalorizadas en su familia y él, que era el varón, era el rey. Su propio padre también sufría esta desvalorización, ya que la madre ganaba 3 ó 4 veces más que él.

De la relación con su mujer dice que se casaron porque ella quedó embarazada y que él no quería casarse. Que L es una mujer muy conflictiva, que ya a los 16 años tuvo un intento de suicidio por una pelea con sus padres.

De Andrea cuenta que cuando nació la menor, tenía más relación con ella, que la llevaba a andar en karting, pero que luego empezó a encerrarse. Le preocupa que sea tan cerrada, “Es como un bloque de cemento, se cierra y no tenés manera de entrar, tiene el carácter de mi mujer”. Dice que en otra época ha intentado romper este bloque a los golpes, “a eso de los 9, cuando empezó a usar anteojos, a tener problemas en el colegio.”

Se lo escucha conmovido por lo que ocurrió, “...me lo hizo a mí, fue como si me dijera ‘tomá, mirá lo que te regalo’, inclusive creo que me estaba esperando.” Conmovido pero no implicado, también dice “yo no sé porqué lo hizo, yo no tengo elementos para que ella me odie.”

Se lo escucha preocupado por la sexualidad de sus hijas. De Andrea le preocupa que la ve muy masculina “machona” en sus palabras, de las otras le preocupa que no. “Yo ya les dije, si las acompaña hasta la puerta de casa es algo más que un filito, que se vean pero hasta unas cuadas, yo establezco un perímetro defensivo”. Atravesar este perímetro, tendrá sus consecuencias, a una de sus hijas le cuesta el dislocamiento de la mandíbula inferior.

La madre, es hija de una madre mentalmente enferma, con un diagnóstico de psicosis histérica, que eventualmente delira y con quien la madre de A tiene muy mala relación, de ella dice que siempre la hostigó y la trató mal. De su padre parece tener mejores recuerdos de infancia aunque actualmente tampoco tiene mucho trato. De su adolescencia refiere un intento de abuso por parte de un tío, que unos

meses más tarde de este suceso se cayó de la terraza y ocho o nueve años después se ahorcó.

Con su marido tiene una relación bastante tortuosa, que se va desplegando a lo largo de las entrevistas con ella, refiere que se irrita demasiado por cualquier cosa, que a veces es violento con las hijas y que es un instigador. Refiere haber tenido varios intentos de suicidio, de los que se resiste a hablar en varias oportunidades. Cuando finalmente lo hace, estos quedan ubicados en relación a su marido, parecen más bien del orden del acting – out, del último de ellos dice, “ahí si logré movilizarlo”, no casualmente, este intento consistió en amenazar con saltar desde la terraza, con el suficiente tiempo para que esto sea impedido.

Cuenta que su mejor amiga, que llevaba su mismo nombre, murió hace unos meses, en circunstancias dudosas, aparentemente un suicidio. A Andrea le dijeron que la había atropellado un colectivo. Asocia la muerte de esta amiga con el pasaje al acto de su hija.

De la relación con Andrea dice que cambió cuando nació la hermana menor, “ahí empezó a no saludarme, a dejarme llorando”, dice que es “una incitadora, como su padre”. Dice que alrededor de los nueve años comenzó a usar anteojos y subió mucho de peso, que intenta no salir en las filmaciones y fotos familiares, que costó horrores que se ponga la malla en vacaciones, pero que Andrea se encierra y es imposible entrar, también reconoce “yo le he pegado fuerte a Andrea, muy fuerte, nunca pude pegarle en la cara porque ella se tapa...” Dice que si no fuera por el salto al vacío, seguiría pensando que son cosas de la edad. También dirá que hay momentos en que le recuerda a su madre, cuando la ve caminando por la casa, sin hablar, varias veces en el transcurso del tratamiento me llamará para referirme esta situación. Dice también que tiene dos caras, una la que le muestra al resto de la gente y otra la que muestra en su casa. Frecuentemente la describe como un ser terriblemente egoísta, a quien no le importa nada que no tenga que ver con ella, o como un ser angelical y especial que sabe qué brindarle a cada quién. “Son dos Andreas”.

En ambos padres el alojamiento para esta niña es precario, la escena del Otro, aquella desde la cual un sujeto podría dar un paso que no fuera un salto al vacío, parece endeble, insuficiente. La violencia no es disruptiva en esta escena, es parte de lo que acontece para esta niña desde siempre, parte de lo que la ubica como alguien destinado a salir de escena. La escena da cuenta de un momento de pasaje, del inicio de la secundaria, puerta de la adolescencia, de una niña que no puede dar el paso. A todos los ve más grandes, fumando, con las uñas pintadas y corre a reclamarle a su madre por no tener lo que hace falta. Luego del furibundo reclamo se retira, no es la primera vez que Andrea se ausenta de una escena en la que no puede incluirse, y quien debería haber venido a dar algo que posibilite el pasaje, actúa con violencia, haciendo uso de una violencia que ya tiene una historia en esta relación. La mirada diabólica entonces, dirigida a su padre, es tal vez la que ella ve en él, y en esta situación, lo único que puede hacer es caer.

¿Porqué cae? Tal vez porque para sostenerse en esa escena hubiera requerido de otro alojamiento. Cuando escucho a sus padres, me resulta difícil, sino imposible, escuchar allí algo del orden del deseo por esta niña, pareciera más bien que esta niña no ha sido dotada con rasgos amables. En lo que se refiere a su carácter, cada uno ve en ella lo peor del otro, lo cual les permite además no implicarse

en estas identificaciones. En lo que se refiere a su imagen, la ven gorda, con anteojos, masculina, etc. La relación de ambos con ella está signada por el rechazo, los golpes, el desconocimiento. Hasta es difícil historizarla en ese discurso, para su madre las dificultades comenzaron con el nacimiento de la hermana, para su padre con los anteojos.

Son por otra parte insistentes las referencias familiares a la muerte de familiares y allegados, los suicidios e intentos de suicidio, la locura, todo ello ocultado y silenciado un poco a los gritos. Agujeros en la historia de esta niña que no serán ajenos al tratamiento con Andrea.

Del intento de volver a la escena

En estas condiciones inicia Andrea su tratamiento. La transferencia siempre fue oscilante, con períodos en los que habla o produce mucho, o se interesa por algún juego o libro, y períodos de inhibición o de resistencia.

Las primeras sesiones habla mucho, casi sin parar, y lo que allí cuenta es del orden de la historia familiar, y de su lugar en la familia. Que sus hermanas, le quedan o muy grandes, o muy chicas. Ella comparte el cuarto con la menor, de 6 años y con las otras dos no tiene mucha relación. De su madre cuenta que cuando ella era chica, cuidaba niños en su casa, “yo los odiaba, no los podía soportar, siempre te arruinaban los cumpleaños, había uno que me tiraba todos los juguetes por la ventana y yo no podía hacer nada, a veces llegaba y me ponía a llorar porque no soportaba más.” Habla también de los abuelos que hubiera querido tener “nunca nos llevaron a la plaza, nunca nos visitaban, yo me quería quedar a dormir en la casa de ellos pero tenían una perra pekinesa y la cuidaban más a la perra que a mí”. Cuenta de su abuela enferma, que desvaría y dice cosas raras, y que una vez salió a la calle en pijama y no sabía dónde estaba. Habla de la amiga de su madre que “no se sabe como murió”. A una de estas sesiones viene diciendo que está “medio decaída” a raíz de una pelea con sus compañeras de colegio.

Me parece importante subrayar este significante, ya que “caída” es el significante que ella encuentra para nombrar su salto al vacío en el hospital en que la internan, encuentra en este relato una versión que le permite circular entre sus pares, aunque sea a través de las peleas. Habla de la situación en la que se encuentra. Intenta tal vez historizarse, en relación a sus abuelos, a su madre, a sus hermanas, a sus pares. ¿Habla de su falta de lugar en el Otro? ¿Habla del rechazo del que proviene? ¿Habla de algunos secretos no tan secretos y que tienen que ver con la muerte? Tal vez de todo un poco. Es importante hacer notar aquí que este relato no está acompañado de un afecto angustioso, es un relato más bien indignado, Su discurso tiene un tono de queja, una queja en la que es difícil ubicar su parte, ella está ubicada más bien como objeto en este discurso. A excepción tal vez de esa sesión, en la que viene a contar una pelea con sus pares, y dice que está medio decaída, no dejo de escuchar este significante como uno que sitúa la caída en otro plano, preguntándome si algo de lo real empieza a tener un estatuto simbólico, si es que algo del orden del síntoma puede empezar a pensarse. La charla va armando una trama, de lo que puede contar, pero resulta insuficiente.

En un momento se calla, como quién apaga una radio, pasa dos sesiones casi totalmente silente, salvo por algún monosílabo con el que responde a mis preguntas, le pregunto en una oportunidad si es que no quiere hablar o que no puede y para mi sorpresa responde

“no puedo”, al preguntarle porqué dice “porque ella no me deja” sigo preguntando y dice que ella es mala, que le cambia las cosas de lugar. Le digo que parece una historia de terror, que tal vez podamos escribir un libro, y me quedo sorprendida nuevamente cuando acepta escribir esta historia, que me va dictando mientras dibuja, y que dura varias sesiones. En ella dos mujeres se ven envueltas en una historia sangrienta, llena de muertes y homicidios, no faltan los saltos al vacío, de los que son salvadas con condiciones siniestras, no faltan los intentos de suicidio, la maldad y el abuso. No faltan tampoco los hijos sin padres. Una niña que es abandonada entre los 5 y los 9 años. La escritura de esta ficción, intento vano de nombrar lo innombrable, lo silenciado de la historia familiar, la tranquiliza. Me pregunto en este punto si se trata de un delirio o de una fantasía, el carácter de verdad que tiene en un inicio inclina mi juicio hacia el primero, la increíble docilidad con la que acepta convertirla en un cuento y la libertad con la que se despliega allí la trama que la teje abonan a favor de la segunda. También sus efectos.

En el momento en que se sitúa este abandono, la historia se interrumpe, llega a la sesión siguiente diciendo “quiero dibujar otra cosa”, y dibuja un poco compulsivamente y rompe todos los dibujos. En las sesiones siguientes comienza a dibujar su nombre, y a adornarlo con flores y a escribirlo con diferentes letras y colores. Los dibujos continuarán apareciendo en distintos momentos del tratamiento, algunas veces con algún relato que los acompaña y otras acompañando algún relato de otra cosa. La escritura parece haber favorecido aquí algún tipo de inscripción.

Paralelamente comienza a interesarse por los libros de mi biblioteca, me pide algunos para mirarlos, me pregunta si yo los leí todos, curiosa y descubre una colección de versiones originales de algunos cuentos tradicionales, se entusiasma con La Cenicienta, y se sorprende muchísimo al descubrir que el padre de Cenicienta vivía “¿Estaba vivo el padre?, ¡yo pensé siempre que estaba muerto! ¿y cómo no hacía nada? ¿y dejaba que la trataran así?”.

También continúan los silencios, pero ahora enlazados a algún enojo, hay sesiones a las que viene y no habla, cuando le pregunto dice que no quiere venir más, y luego surge alguna pelea, con su padre en general, que cuenta enojada y peleándose un poco conmigo mientras lo hace. En una de ellas dice que su padre nunca pide perdón, y como si se le hubiera escapado dice “cuando yo me tiré me pidió perdón porque estaba re-cagado que lo haga de vuelta, a mí ya no me importa.”

En otra oportunidad me llamará su madre al borde de la desesperación para mostrarme una historietita que había encontrado en una agenda de Andrea, de una pareja teniendo relaciones. Cuando se lo comento a Andrea ofreciéndole un espacio para hablar de esto me dice “Yo no tengo nada que decir, lo que pasó es que mi mamá se metió en un lugar privado, y que no se tendría que haber metido”.

La historia escrita parece venir a poner en escena ciertas cuestiones del mundo, la escena es alocada, pero permite tomar distancia e interesarse por otras historias, historias de niños y del hogar, historias que sitúan fantasmas universales, que la hacen una más en la serie de niños que las escuchan. En su divertida indignación con el padre de la Cenicienta escucho otra versión de un padre, uno que debería haber hecho algo en esta guerra sin tregua entre mujeres.

La distancia entre este padre y el suyo parece descolocarla, será

tal vez por eso que cuando pelea viene enojada, y sin poder tomar ninguna distancia de ese enojo, en una versión de la transferencia que sigue ligada a la actuación. Versión en la que es difícil intervenir, aunque aún aquellas intervenciones que rechaza no dejan de tener efectos.

En “Adolescencia: una ocasión para el psicoanálisis”, Alicia Hartmann plantea la dificultad en la dirección de la cura de estos pacientes “El obstáculo en la situación analítica es que esta posición está lejos de la constitución del síntoma y de la neurosis de transferencia, y convoca a una clínica más compleja que nos invita a pensar cómo operar con las distintas formas de goce.”

La temprana interrupción del tratamiento deja la pregunta acerca de la posibilidad de construir un síntoma para Andrea, las preguntas que me dirige, relación en la que parece ubicarme como par, semblante que adopto, parece abrir la posibilidad de algún lugar para un analista, en un futuro, analista que deberá tolerar los embates de su particular transferencia. En lo que respecta a sus encuentros conmigo, fueron interrumpidos por su madre, quién parece no poder tolerar un lugar privado para esta niña.

Bibliografía

Jacques Lacan “El seminario Libro 10. La Angustia” Primera Edición, Buenos Aires Paidós 2006

Hartmann Alicia, Cristina Tara Quaglia, Jimmy Kuffer “Adolescencia: una ocasión para el psicoanálisis” Primera edición Miño y Dávila editores Madrid 2000

Jean Jacques Rassial “El pasaje adolescente” Ediciones del Serbal, Barcelona 1999